



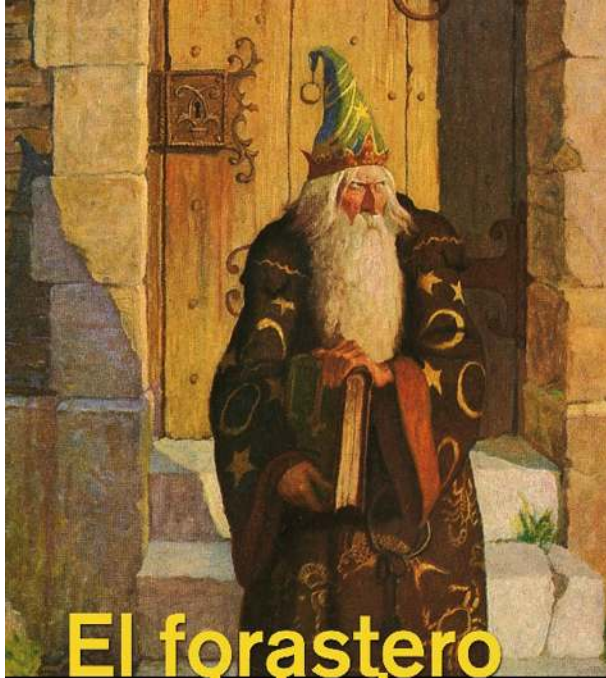
El forastero misterioso

Mark Twain

Traducción de Susana Carral

Ilustraciones de N. C. Wyeth





El forastero misterioso

Mark Twain

*Traducción de Susana Carral
Ilustraciones de N. C. Wyeth*



REY LEAR [41]

EL FORASTERO MISTERIOSO



PRIMERA EDICIÓN EN REY LEAR, SEPTIEMBRE DE 2011
Título original: *THE MYSTERIOUS STRANGER*, 1916
*[Basada en la publicada por Harper & Brothers, Nueva York,
en 1916]*

Edita: REY LEAR, S.L.
www.reylear.es

© Rey Lear, S.L.

Traducción: © Susana Carral Martínez, 2011

Ilustraciones de N. C. Wyeth

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© REY LEAR, S.L.

Alberto Alcocer, 46 – 3º B
28016 Madrid

ISBN: 978-84-92403-88-2

Diseño y edición técnica: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Producción: REY LEAR

Los eBooks no son transferibles. No pueden ser vendidos, compartidos o regalados ya que esto constituye una violación a los derechos de esta obra. El escaneo, carga y distribución de este libro vía Internet o vía cualquier otro medio sin el permiso del editor es ilegal y castigado conforme a la ley. Por favor compre solamente ediciones electrónicas autorizadas y no participe o fomente la piratería electrónica de materiales protegidos con derechos de autor.

LIBRO SIN LIBRO, 2011
www.librosinlibro.es

EL FORASTERO MISTERIOSO

Mark Twain

Traducción de Susana Carral
Ilustraciones de N. C. Wyeth



NOTA DEL EDITOR

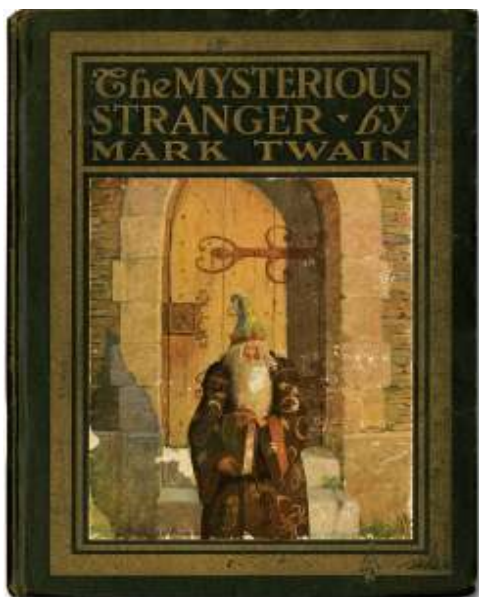
NO FUE FÁCIL la vida de Samuel Langhorne Clemens (Florida, Missouri, 1835 - Redding, Connecticut, 1910), a quien el mundo conoce como Mark Twain. Huérfano de padre desde los 12 años, tuvo que abandonar los estudios para ponerse a trabajar como aprendiz de tipógrafo. Las imprentas le animaron a escribir y el río Misisipi le ofreció un montón de historias que contar —sobre todo durante su etapa como piloto de un barco de vapor—, entre ellas *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876) y *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884), sus dos obras más universales.

Gracias a estas novelas se convirtió en un clásico de la literatura y en un excelente humorista, capaz de sacar el aspecto cómico a cualquier situación, y de enfrentarse a la vida con un optimismo a prueba de cualquier contrariedad, como por ejemplo la pérdida de la Guerra de Secesión, en donde luchó como soldado confederado.

Si fracasaba como maderero o minero se hacía periodista, y si el dinero no alcanzaba para llegar a fin de mes se lanzaba a dar conferencias por su país y por medio mundo. Inasequible al desaliento, durante un año escribió diariamente cartas de amor a Olivia Langdon —su querida Livy—, hasta conseguir que ella aceptara casarse con él en 1870.

Sólo Livy y la familia que formó con ella pudieron con este atleta del optimismo. Dos años antes de cumplir los 60, una mala inversión lo dejó en la ruina. Por esa misma época su

hija Susy murió de meningitis, su mujer se quedó inválida y otro de sus hijos falleció a causa de un descuido del propio Twain; nunca se lo perdonó a sí mismo.



Cubierta de la edición príncipe.

Inmerso en el desánimo conoció por primera vez el pesimismo en toda su dureza, lo que le llevó a sentir una profunda aversión hacia la especie humana. Su humor se tornó tan negro que lo que entonces salía de su pluma no se publicara hasta después de su muerte. Y su amigo y albacea literario, Albert Bigelow Paine, se encargó de que su voluntad se cumpliera a rajatabla.

Fue en 1916, seis años después de la muerte de Twain, cuando Paine decidió que ya había llegado el momento de dar a la imprenta *El forastero misterioso*, una novela satírica y mordaz en la que la especie humana constantemente sale malparada en comparación con los animales. La protagoniza un ángel llamado Satán, que siente la misma consideración por los hombres que por las cucarachas.

La publicación póstuma de esa obra *maldita* impidió que su autor corrigiera las pruebas de impresión, por lo que se deslizaron en el texto leves descuidos estilísticos que Susana Carral ha querido reflejar en su traducción, sin abusar de la paciencia de los lectores pero respetando el espíritu del original. El descuido del autor se evidencia también en un par de gazapos que la traductora ha localizado y anotado puntualmente.

Estos detalles no empañan la calidad de *El forastero misterioso*. Su presentación ante el público supuso todo un

acontecimiento literario en Estados Unidos, como prueba que la primera edición, impresa en Nueva York por Harper & Brothers, incorpora ilustraciones a color de Newell Convers Wyeth (1882 - 1945), discípulo de Howard Pyle y uno de los artistas plásticos norteamericanos más relevantes del siglo XX.



N. C. Wyeth, en una foto de 1920.

Los trabajos al óleo de N. C. Wyeth han recreado las principales novelas de clásicos como Robert Louis Stevenson — entre ellas *La isla del tesoro* y *La flecha negra*—, James Fenimore Cooper —*El último mohicano*— y Daniel Defoe —*Robinson Crusoe*—. Los bibliófilos las buscan incansablemente a través de las reimpressiones que Charles Scribner's Sons realizó durante los años ochenta y noventa, mejorando las técnicas de reproducción de las primeras ediciones.

Por desgracia, Harper & Brothers, actualmente HarperCollins, no ha vuelto a ofrecer una versión actualizada de las pinturas de Wyeth para *El forastero misterioso*, por lo que nos hemos visto obligados a trabajar a partir de las reproducciones de la edición príncipe de 1916, a veces fuera de registro o ligeramente brumosas debido a las limitaciones de los sistemas de fotomecánica e impresión de aquella época, muy superados por las técnicas actuales.

El resultado no es el óptimo, pero ha sido la única manera de ofrecer por primera vez en España estas ilustraciones de N. C. Wyeth —cuya calidad supera cualquier obstáculo—,

que hace casi un siglo acompañaron a la novela de Mark Twain en su primera aparición ante los lectores.

EL EDITOR

CAPÍTULO I

FUE EN 1590, en invierno. Austria se hallaba alejada del mundo, y dormida; allí aún reinaba la Edad Media y prometía seguir haciéndolo eternamente. Algunos hablaban incluso de siglos de retraso y decían que, según su reloj espiritual y mental, Austria seguía inmersa en la Edad de la Fe. Pero lo decían a modo de cumplido, no como insulto, y así era aceptado y todos nos sentíamos muy orgullosos. Lo recuerdo muy bien, a pesar de que sólo era un niño; también recuerdo el placer que me producía.

Sí, Austria se hallaba alejada del mundo, y dormida, y nuestra aldea se encontraba en medio de aquel sueño, porque estaba en el centro de Austria. Dormitaba tranquila en la profunda intimidad de un aislamiento montuoso y arbolado, donde las noticias procedentes del resto del mundo casi nunca llegaban a perturbar sus sueños; y era infinitamente feliz. Por delante de ella fluía el manso río: en su superficie se dibujaban las nubes y los reflejos de las arcas y las dragas; por detrás ascendían las boscosas pendientes hasta la base del elevado precipicio; desde lo alto del precipicio un enorme castillo observaba severo, con su largo tramo de torres y baluartes enmarañado de enredaderas; más allá del río, una legua a la izquierda, había una desordenada extensión de colinas cubiertas de bosques, hendidas por tortuosos desfiladeros en los que nunca penetraba el sol; y a la derecha, un precipicio dominaba el río, y entre éste y las colinas se desplegaba

una amplia llanura, salpicada de pequeñas fincas encajadas entre huertos y árboles que daban sombra.



Eseldorf era un paraíso para nosotros, los niños.

Toda la región, varias leguas a la redonda, era propiedad hereditaria de un príncipe, cuya servidumbre mantenía siempre el castillo en perfectas condiciones de habitabilidad, pero ni él ni su familia se acercaban allí más de una vez cada cinco años. Cuando lo hacían, era como si hubiese llegado el amo del mundo, trayendo consigo todo el esplendor de su reino; y al marcharse, dejaban atrás una calma similar al sueño profundo que sucede a una orgía.

Eseldorf era un paraíso para nosotros, los niños. No nos molestaban demasiado con la educación escolar. Se nos formaba, principalmente, para ser buenos cristianos; para venerar a la Virgen, la Iglesia y los santos por encima de todo. Aparte de esos asuntos, no se nos pedía que supiéramos gran cosa; mejor dicho, no se nos permitía. El conocimiento no era bueno para las personas corrientes: podían sentirse descontentas con la suerte que Dios les había repartido, y Dios no toleraría el descontento con sus planes. Teníamos dos sacerdotes. Uno de ellos, el padre Adolf, era un clérigo muy entusiasta y vehemente, tenido en gran consideración.

Es posible que, en algunos aspectos, haya habido mejores sacerdotes que el padre Adolf, pero en nuestro municipio jamás se le tuvo a otro tanto respeto y de forma tan solemne. Y se debía a que no temía al Demonio en absoluto. Era el único cristiano que yo he conocido del que pudiera decirse eso sin mentir. Por ello, la gente le tenía pavor: pensaba que debía haber algo sobrenatural en él, pues de lo contrario no podría ser tan audaz y estar tan seguro de sí mismo. Todos los hombres muestran su persistente rechazo al Demonio, pero lo hacen con respeto, no con ligereza; sin